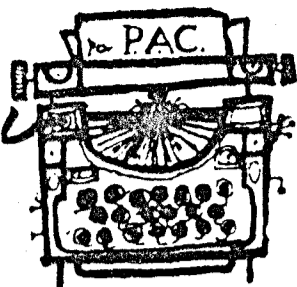


escrito a máquina

La "palabra sucia"



Casi todos los pueblos tienen un arsenal formidable, más o menos clandestino, de malas palabras. No todos sin embargo, recurren a ellas con la misma frecuencia. Los pueblos de cultura hispana, por lo general, son muy mal hablados, pero entre ellos —como ya lo observé en mi ensayo sobre "El Nicaragüense"— el nuestro ocupa, casi sin competencia, un sucio primer puesto. Remito a ese libro a quienes quieran ejemplos sobre el irresistible gusto del nicaragüense por las llamadas "malas palabras", bien marcado en su folklore, en su refranero, en las muletillas más usadas en su lenguaje coloquial, en sus apodos, etc. Lo que me interesa en este escrito es estudiar, dentro del arsenal de nuestras malas palabras, una expresión que cada día se generaliza más y que ya no solamente se usa en lo que la sociedad llama "bajos fondos" sino en casi todos los niveles de la conversación nicaragüense.

Con perdón de mis lectores usaré la frase sin tapujos porque lo que trato es de descubrir la causa de su avance, de su sucio y avasallador contagio en nuestro léxico, y nada ganamos con hacernos los higiénicos en la letra impresa cuando la expresión coprófaga se nos mete en la lengua oral en todos los sitios y situaciones. Me refiero al "comé mierda".

Basta un ligero pasco a pie por cualquier calle para que nos demos cuenta cómo esa frase-respuesta se repite y multiplica en todos los diálogos y cómo ha adquirido toda una gama de flexiones en la voz para expresar (como en el idioma chino) diversos y hasta opuestos significados emocionales: así, según sea el tono de voz, significa: la respuesta sonriente a una broma; la respuesta iracunda a un insulto; la respuesta-desafío a una llamada de atención; la respuesta para significar ¿qué estás creyendo vos, o qué estás creyendo de mí?; la respuesta cerrada a una petición imprudente. . . etc. Cuando se dice "comé", se establece una relación confianzuda. Cuando se dice "coma", se impone un alejamiento. En fin, la variedad de tonos y significados de la asquerosa invitación lo que nos prueba o demuestra es su uso constante, horriblemente constante, en nuestra habla.

¿Por qué se ha pegado en nuestra habla una expresión tan repelente? ¿Por qué la urbanización —que debía haber traído urbanidad a nuestro hablar— en vez de rebajar ha multiplicado viciosamente esa forma contestacional del nicaragüense? ¿Por el simple gusto por la mala palabra, o por la "palabra sucia" como le decía mi abuela?

Eso creí yo por algún tiempo. Una vez, sin embargo, un amigo mío me contó que había tenido un problema en su trabajo, un problema que le había significado una humillación y al mismo tiempo una pérdida de dinero y que en la noche había soñado que había comido excremento. Mi amigo me decía, sin embargo, que en el momento de despertar había relacionado —él no sabía por qué— el dinero con el excremento, no en un sentido feo o asqueroso, sino al contrario. Como si el sueño tratara de consolarlo con un acto asqueroso que en el sueño perdía su asquerosidad.

Se me grabó en la memoria su confidencia por casualidad, poco tiempo después, leyendo el libro de Freud: "Nuevas aportaciones al psicoanálisis" me encontré con algunos de sus interesantes descubrimientos sobre las transformaciones de los instintos, entre los cuales me llamó la atención lo que decía sobre la relación del niño (tanto en el vientre de la madre como en la lactancia) con el excremento. Cómo para el niño defecar es su primer regalo, su primer don de sí. Y cómo esa relación evoluciona —incluso en el idioma— cambiando significado y convirtiendo el interés primario por los excrementos en la estimación del oro y del dinero. En algunas fábulas se habla de animales que defecan oro. Por contraposición, nuestro pueblo usa la frase "estoy hecho M" en un sentido fundamentalmente económico; o la frase "eso no vale ni M", en que las heces significan máxima devaluación, asociadas, una vez más, con el dinero. Esa misma relación freudiana denuncia la famosa frase final de "El Coronel no tiene quien le escriba" de García Márquez.

Por otra parte, había leído en Jung y en Freud que existe una similitud en la forma como se elaboran los sueños y cómo se elaboran ciertas expresiones, chistes, juegos de palabras y modismos del habla popular. Los sueños tienden a representar SITUACIONES concretas OBJETOS. Lo mismo pasa con ciertas expresiones. Pero no pocas veces los objetos o símbolos usados son sustituciones o incluso representaciones de lo contrario (simulaciones) la situación que se quiere expresar, como cuando decimos: "Es una joya" de alguien que

es, por el contrario, un resumen de mañas o de vicios.

Pensé entonces: el "comé mierda" ¿será la frase de un pueblo que sueña con el dinero, que SUEÑA en el sentido en que el verbo soñar significa desear lo que no se tiene? —Como en los sueños ¿estará nuestro pueblo usando una expresión subconsciente que pone al desnudo el mundo animal del niño, o mejor dicho los impulsos animales frustrados por el subdesarrollo?

¿Es la necesidad (la humillación de no tener) la que ha elaborado y pegado al habla esa sucia y humillante expresión coprófaga? —Y su asquerosidad ¿será la forma de sustituir, de recubrir ásperamente, de disimular una necesidad de ternura —la necesidad nostálgica de la madre, la nostalgia de la infancia fetal o lactante, protegida por la madre, en la cual las heces significan oro? ¿Estará nuestro pueblo

—a través de esa frase— denunciando su marginación y deseando, simbólicamente, "comer oro", es decir, simplemente, comer bien? ¿Hemos leído la parábola de Rubén Darío en "AZUL" que titula "La canción del oro"? ¿Será nuestro pueblo el mendigo harapiento que canta en clave, en asquerosa y despechada clave, al "oro, padre del pan"?

Si es así, no será la urbanidad, ni la educación del habla la que podrá acabar con esa expresión indecente —al contrario: la urbe excitada, estimula su uso al complicar los problemas económicos del pueblo.

Es, posiblemente, una política humanista, una economía nueva a favor del pueblo, la que acabaría con esa relación freudiana de la mierda y el oro en que nuestra habla —como en Acahualinca— nos obliga a vivir en una cloaca.

PABLO ANTONIO CUADRA